

96.- LAURENT, F.: *Biblioteca Popular Los Grandes Pensadores: Crítica del cristianismo*. Barcelona, Casa Editorial Publicaciones de La Escuela Moderna, vol. V, 1916, 115 pp.



La primera y segunda ediciones de esta obra se publicaron en el año 1916. El libro tiene una extensión de 115 páginas y cuenta con 43 notas explicativas. Encuadernado en rústica, muestra en la cubierta un dibujo de “El Pensador”, de Rodin.

Precedido de una nota biográfica y concluido con una enumeración de las obras de F. Laurent, el libro se estructura en los siguientes apartados:

- I.- ¿Qué es el cristianismo?
- II.- La paz y la guerra.
- III.- La caridad cristiana.- La caridad moral.
- IV.- La esclavitud.
- V.- Los cristianos contra el islamismo.
- VI.- Los ricos y los pobres.- La propiedad.

Definida la crítica como un instrumento de demolición, Laurent distingue dos modos de conceptuar el cristianismo. En primer lugar, la posición que establece que el cristianismo es obra de Dios, no admitiendo discusión acerca de la certeza del dogma (catolicismo y protestantismo). La segunda manera supone abordarlo como una obra humana, incompleta, que se modifica y se perfecciona con el transcurso del tiempo.

Desde la primera posición, dice nuestro autor, los teólogos realizan una “crítica cristiana” (católica o protestante); desde la segunda posición, se lleva a cabo una “crítica filosófica”. Está última -que es el lugar desde el que Laurent examina el asunto- razona del siguiente modo:

Hablamos de la filosofía que acepta la fe como un elemento esencial de nuestra naturaleza y que parte del principio de que la religión, como todas las manifestaciones del espíritu humano, obedece a la ley de progreso. La filosofía del progreso no es hostil al cristianismo; al contrario, lo legitima, no solamente para el pasado, sino en cierto sentido para el porvenir. Su convicción es (...) que el porvenir religioso procederá del cristianismo, lo propio que el cristianismo ha procedido del mosaismo. Hay, lo mismo en el cristianismo que en toda concepción religiosa o filosófica, un elemento de verdad eterna y un elemento de error que es necesariamente transitorio. La humanidad, en su marcha progresiva, debe desprenderse del error y acrecer la parte de verdad que posee.<sup>1</sup>

Se remite a testimonios de la Patrística, de los Doctores de la Iglesia y otros autores eclesiásticos (San Atanasio, San Juan Crisóstomo, San Agustín, Lactancio, Eusebio, Tertuliano, San Basilio, San Isidoro, Orígenes, etc.), de pensadores críticos con el cristianismo antiguo (Celso), de filósofos de la Ilustración francesa (Montesquieu y Voltaire) y cuestiona la paz vaticinada por los profetas como consecuencia del advenimiento del Mesías. Laurent recoge manifestaciones contradictorias entre los escritos y la conducta de las Iglesias (Católica y protestantes) a lo largo de la Historia. Citando a Lactancio:

No es el asesinato lo que Dios reprueba, dice Lactancio; lo castigan las mismas leyes civiles; la prohibición de Dios se extiende hasta los actos que los hombres consideran como lícitos. Así no es permitido al cristiano tomar las armas; sus armas son la justicia.<sup>2</sup>

Por otro lado, cita a San Efremito diciendo que

---

<sup>1</sup> LAURENT, F.: *Biblioteca Popular Los Grandes Pensadores: Crítica del Cristianismo*. Barcelona, Casa Editorial Publicaciones de La Escuela Moderna, 1916, vol. V, p. 33.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 41.

las hambres, las pestes y todas las calamidades son enviadas por Dios para castigar y corregir a los hombres y para inclinar las almas a la piedad. Todas las generaciones necesitan ser visitadas por la cólera de Dios.<sup>3</sup>

Laurent atribuye a las circunstancias históricas el ejercicio de la guerra por parte de la autoridades cristianas. En el tiempo en el que las fronteras de la Antigua Roma caían bajo el empuje de los bárbaros, era difícil mantener la piedad evangélica. No obstante, continúa diciendo nuestro autor, hay que atribuir a la intolerancia, inherente a toda religión revelada, las guerras contra los infieles, las cruzadas contra los herejes y las posteriores guerras de religión.

Concluye la reflexión acerca de la posición del cristianismo (católico y protestante) con esta aseveración en relación a la guerra y a la paz:

Quando no se han atravesado de por medio sus intereses o sus pasiones, la Iglesia siempre ha predicado la paz.<sup>4</sup>

Reconoce la difícil coexistencia entre la caridad cristiana y la fe revelada:

La caridad universal es inconciliable con la fe revelada. Exige la caridad que amemos a todo hombre como tal abstracción hecha de sus creencias. La fe revelada nos veda amar a los que rechazan la revelación; establece infranqueable barrera entre creyentes y no creyentes, incluyendo los unos en el reino de Dios y los otros en el reino de Satanás.<sup>5</sup>

Argumenta el autor que la caridad cristiana es una exageración en respuesta a la exageración pagana del egoísmo y la venganza. Considera que la ponderación es más sabia alternativa. La caridad cristiana practicada hasta sus últimas consecuencias pervierte la Justicia y el Derecho:

La caridad cristiana tiende a anular la pena en aras de la enmienda del culpable. Esto es destruir la justicia que debe ante todo conservar el orden público. La pena no puede, pues, desaparecer, pero la caridad puede entrar en el castigo, procurando traer a los hermanos extraviados al camino de salvación.<sup>6</sup>

Valora especialmente que el cristianismo extiende su mensaje a los desheredados y hace extensible la libertad no sólo a los ciudadanos sino a todos los que creen en Cristo. Su influencia es fundamentalmente moral. El cristianismo establece la igualdad de todos los hombres ante Dios, sin embargo parece haberse olvidado de la igualdad civil:

Sacamos la conclusión de que se equivocan los que buscan una doctrina social en la predicación evangélica. Bajo el punto de vista de los principios, puede decirse que la igualdad religiosa implica la igualdad civil. ¿Pero ha sacado el cristianismo esta consecuencia? Satisfecho con la igualdad ante Dios, siempre ha declarado que no

---

<sup>3</sup> Ibidem. P. 47

<sup>4</sup> Ibidem, p. 53.

<sup>5</sup> Ibidem, pp. 61-62.

<sup>6</sup> Ibidem, p. 69.

quería la igualdad civil, y en caso de necesidad, la Iglesia se ha unido con los señores para retener a los esclavos en sus cadenas. Aun cuando hubiera tenido el sentimiento de libertad de que carece, su doctrina de resignación, la no resistencia, no le habría permitido tomar la iniciativa de la emancipación ni favorecerla. El primer movimiento de emancipación nació de la sociedad laica. Los parlamentos y no los concilios fueron los que hicieron desaparecer los últimos vestigios de servidumbre.<sup>7</sup>

Defiende el islam -aquí llamado islamismo- frente a las críticas que hacia él parten desde el cristianismo. Afirma que el islam es superior a sus predecesoras doctrinas religiosas y vaticina que, en el porvenir, prevalecerá la creencia difundida por Mahoma sobre la fe cristiana.

La opción por la pobreza y la sospecha sobre la riqueza -las Escrituras y la Patrística dan numerosas muestras de ello condenando la propiedad y considerando como un robo el préstamo con interés-, que se extiende entre los primeros cristianos, es explicada de este modo:

¿Qué valor podían tener las cosas de la tierra para hombres convencidos de que se aproximaba el fin del mundo y de que entrarían en el reino de Dios aquellos que hicieron renuncia de lo que poseían?<sup>8</sup>

Ahora bien, transcurridos dos mil años y habiéndose retrasado el final de los tiempos, asevera Laurent:

No hay un solo discípulo de Cristo que crea que su salvación está comprometida sino [si no] da todos sus bienes a los pobres o si presta sus capitales a interés.<sup>9</sup>

No se comprenden estos consejos sino en cuanto se dirijen [sic] a un mundo que va a morir. Si se quisiera aplicarlos a un mundo que vive, conducirían a la muerte. Que todo propietario renuncie a sus bienes en favor de los pobres, ¿y qué resultaría de esto sino la general pobreza, es decir, la destrucción de la humanidad?<sup>10</sup>

Finalmente, considera nuestro autor un error hacer descansar la fuerza moral en la dejación y el abandono; valora la acción como un medio más eficaz para que el propio individuo procure su salvación:

La salvación no estriba, pues, en la renuncia; consiste en la actividad bajo todas sus fases, tanto física como intelectual y moral.<sup>11</sup>

Concluimos, señalando alguna falta de ortografía en el texto: exagerado<sup>12</sup>, sino<sup>13</sup> y dirijen<sup>14</sup>.

---

<sup>7</sup> Ibidem, pp. 81-82.

<sup>8</sup> Ibidem, p. 98.

<sup>9</sup> Ibidem, p. 108.

<sup>10</sup> Ibidem, pp. 106-107.

<sup>11</sup> Ibidem, p. 113.

<sup>12</sup> Ibidem, p. 67.

<sup>13</sup> Ibidem, p. 108.

<sup>14</sup> Ibidem, p. 106.